

de mi niñez perdida y ahora recién ganada
tan delicadamente, gracias a este rocío
de estos papeles, que se van de puntillas,
ligeros y descalzos,
con sonrisa y con mancha.
Adiós, y buena suerte. Buena suerte.

De *El vuelo de la celebración*, 1976

Celebración de la vida

DIONISIO CAÑAS

He escogido el poema "Un ramo por el río", del libro *Conjurios*, porque me ha recordado algo que sucedió durante el entierro de Claudio Rodríguez en Zamora. Uno de los momentos que más me emocionó en aquella ocasión ocurrió cuando el cortejo que llevaba el ataúd se detuvo sobre el puente de piedra, de la ciudad natal de Claudio, y fue lanzada al río Duero una corona de flores.

Percibí entonces que la esposa del poeta, Clara Miranda, y sus amigos más íntimos no pudieron retener las lágrimas; y vi cómo el magnífico choque de las flores contra el agua parecía un punto final del texto escrito por Claudio con su propia vida; vi cómo aquella corona de flores, que poseía más del poeta que su propio féretro, se alejaba arrastrada por la corriente hacia un mar al cual ahora sé que no llegó.

Sé que la corona no llegó al mar porque al día siguiente, después de haber visitado la tumba de Claudio, después de haber hablado con él en silencio, después de habernos reído y emocionado los dos (él desde su muerte; yo, desde mi espera) por ver que la fuente del cementerio estaba justo al lado de su lápida; después de todo eso, me di un paseo por la orilla del Duero y llegué hasta las Aceñas de Olivares. Allí vi cómo la corona de flores se había quedado varada en uno de los islotes del río, y unos niños se entretenían tirándoles piedras a las flores. Tal escena, que en un principio me apenó, después la convirtió mi mente en una señal de celebración de la Vida porque, luego lo comprendí, los niños le lanzaban piedras a la Muerte. Pero veamos el texto.

UN RAMO POR EL RÍO

¡Que nadie hable de muerte en este pueblo!
¡Fuera del barrio del ciprés hoy día
en que los niños van a echar el ramo,
a echar la muerte al río!
¡Salid de casa: vámonos a verla!
¡Ved que allá va, miradla, ved que es cosa
de niños! Tanto miedo
para esto. Tirad, tiradle piedras
que allá va, que allá va. Sí, lo que importa
es que esté lejos. ¡Recordáis ahora
cómo la flota eterna
de las estrellas sobre el agua
boga todas las noches, alta armada
invencible? ¡Ese ramo
a flor de agua también, a flor de vida!
¡Nadie se quede en casa hoy! ¡Al río,
que allá va el ramo, allá se va la muerte
más florida que nunca!

...Ya no se ve. Dios sabe
si volverá, pero este año
será de primavera en nuestro pueblo.

De *Conjurios*, 1958

En este poema se aúnan dos aspectos fundamentales de gran parte de la poesía de Claudio: el trasfondo popular de ritos y celebraciones y la definitiva apuesta por la vida y por su exaltación frente a la muerte. Respecto al texto que estamos comentando, Luis García Jambrina nos informa en una de las notas de su edición de *Conjurios* (Castalia, 1998), que "en este caso, la base anecdótica y el trasfondo folclórico de este poema lo constituyen determinados ritos primaverales —de renacimiento o resurrección— en algunas fiestas populares de la provincia de Zamora". Y, en su extraordinario volumen, *Forma Interior: La creación poética de Claudio Rodríguez* (Ayuntamiento de Málaga, 1998), Antonio García Berrio expresa una opinión diferente: "Cuando le he preguntado al poeta su conocimiento de estos rituales, los atribuye actualmente de manera poco precisa o, como en el caso del personaje de Linos, a un residuo folclórico menor que se remontaría, en la conciencia del propio Claudio, a los relatos clásicos de la Mitología". De cualquier modo, ya sea que el poema se base en una costumbre zamorana o en una tradición mitológica, lo que importa es que se trata de la celebración de la vida, un mar de dudas en sí, frente a la certeza de la Muerte.

¿Se habrá dicho lo mismo el poeta cuando pasó el umbral de la existencia, cuando, viviendo su muerte, alejó su cuerpo de nosotros, dejándonos desolados sobre el puente de piedra, solos con su poesía? Creo que sí, creo que en verdad la Muerte para Claudio fue una resurrección, un ritual de primavera. Yo, de cualquier modo, al releer hoy sus poemas, vuelvo a oír al amigo de siempre, al amigo de la Vida, tan cercano como siempre, tan de cuerpo presente en su voz, tan vivo, tan llamándonos siempre, para que "¡Nadie se quede en casa hoy!" Y vayamos a tirarle piedras, como los niños, a la muerte.

De aquella generosa ocasión

JOSÉ MÉNDEZ

Cuando mi memoria convoca la figura de Claudio Rodríguez y entre las distintas escenas de la vida que pude compartir con él o cerca de él, intenta escoger alguna para ser reconstruida como materia de homenaje surge inmediatamente el rechazo. Y no porque estén faltas de anécdota o de significado, o de esa bastardilla literaria que tanto gusta al costumbrismo (algo cercano a lo que Juan Marsé llama "literatura sonajero"), sino porque nada de lo entonces vivido y ahora recordado está a la altura, ni parece tener relación siquiera, con lo entonces leído y que ahora puede volver a ser leído. Cualquiera de sus poemas.

Decía Octavio Paz que la biografía de un poeta es su obra. Con esta frase, apunta tanto a la inutilidad de la explicación biográfica de un texto, cuanto al inevitable ejercicio de transformación en que consiste el hecho poético. El poeta no es sólo un fingidor, como quiso Pessoa, sino un alquimista que transforma la realidad en el oro signifiante e intemporal de sus poemas. Desde este punto de vista Claudio Rodríguez fue y sigue siendo en su obra un genio, y su patria aquella "generosa ocasión" en la que construyó el poema, independientemente de las circunstancias concretas.

Hombre de su tiempo, Claudio Rodríguez, sumaba virtudes intemporales en grado extraordinario, sin embargo, más allá de él y quizás ayudado por ellas (y no hay retórica en la duda) edificó su obra para permanecer. Las interpretaciones críticas que hasta ahora ha recibido, alguna notable,